

ra contra una invasión, que ya se temía menos sin duda, pero cuyo antiguo material de Boloña, aunque medio podrido, era un fantasma inquietador siempre

Estos despachos inspiraban al caudillo del ejército de Portugal un despecho, que no se atrevía á revelar del todo, porque aun no había adquirido bastante ascendiente para permitirse las libertades de lenguaje á que se dió luego: alguna parte descubría con todo, diciendo que era muy penoso para él que, á pesar de su larga experiencia de aquella guerra, á pesar de llevar pasados dos años en la Península en frente de los franceses, no inspirara ya confianza, y no viniera de Inglaterra un correo, un oficial ni un curioso, que no le transmitiera la expresión de aquellas dudas humillantes; que si permanecía en el territorio de Portugal era por creer que lo podía ejecutar sin peligro, á lo menos según todos los cálculos de la prudencia humana; que cuando fuera real el peligro no titubearía en retirarse antes que comprometer el ejército británico y su propia gloria; que, si á pesar de esta confianza, deseaba conservar la flota de transporte, aun siendo tan costosa, consistía en parecerle temeridad demasiada juzgar como cierto lo que no era mas que probable, y privarse de todo medio de transporte cual si no corriera ningun riesgo de que se le expulsara de la Península; que creía entrever que Napoleon no enviaria ya muchas mas fuerzas á España que las enviadas hasta entonces, bien que podían llegar al fin las divisiones de Essling, de que se hablaba tanto, y que el ejército de Andalucía podía destacar una fuerza considerable sobre Lisboa; que si por ejemplo, iban quince mil fran-

ceses á las órdenes del general Drouet desde Salamanca, y veinte y cinco mil de Cádiz y de Badajoz á las órdenes del mariscal Mortier, se hallaria en breve con noventa mil hombres á quienes combatir en las dos márgenes del Tajo, cuyos noventa mil hombres á la primera orden del mariscal Massena se lanzarian como furias sobre las líneas de Torres-Vedras; que no habiéndolos visto, no se podía formar idea de lo que eran capaces, y que seria grande temeridad asegurar que no se apoderaran al cabo del primer recinto; pero que aun en este caso le quedarian el segundo y el tercero, y que gracias á la triple línea de sus trincheras tendria tiempo de embarcarse; que la reunión de la escuadra y de las trincheras era la que hacia que su seguridad fuera tan grande, y despojaba á su conducta del caracter de imprudencia; que de buen grado se le achacaba tan á menudo; que en cuanto á los gastos no estaba á su alcance el disminuirlos, que alimentar la guerra con la guerra, cosa tan facil con los franceses, era un delirio pretenderlo con los ingleses; que el ejército frances no era un hacinamiento de hombres tomados de lo peor de su país, y domados por una disciplina de hierro, sino sacados por la ley de la masa de la nación, mezclados buenos y malos en junto, y siendo muchos mas los buenos; que así iban á buscar víveres á veinte ó treinta leguas, y despues tornaban puntualmente á sus banderas sin que faltara casi un solo hombre: que si se imaginaba poder hacer con los ingleses lo que el mariscal Massena hacia con los franceses, se caía en muy grande engaño; que despues de conceder á los soldados ingleses para vivir algunos dias de



merodeo, ni un solo hombre retornaría á sus banderas; que además convenia reflexionar sobre si el libre pais de Inglaterra sufriría que se tratara la vida de soldados mercenarios como Napoleon trataba la de soldados ciudadanos, llamados por la ley, y de los cuales parecia una mitad de miseria todos los años, sin que los periódicos de París dijese á la nación cosa alguna; que no podia tener soldados sino alimentándolos, pagándolos, manteniéndolos bajo banderas puntualmente; que, si abandonaba la Peninsula, daría la señal de la sumision general á España, y quizá á Europa, y el gasto que no se queria soportar para sostener la guerra junto á Lisboa, habria que hacerlo para sustentarla entre Douvres y Londres; que en Lisboa defendía de invasion á Inglaterra mas seguramente que entre Londres y Douvres; y que finalmente no habia mas remedio que el de que Inglaterra aguantara el gasto y la zozobra, cuando él y su ejército aguantaban cosas mucho peores, como formidables combates y padecimientos horribles.

Tales eran las dificultades que encontraba este hábil y firme caudillo por parte de un pais libre, donde la idea de la guerra y la de la paz contrapuestas de continuo una á otra, con casi igual fuerza de razones, producian inevitables angustias en un ministerio que ya no tenia jefe. Al parecer, no teniendo que ver el ilustre adversario de lord Wellington, el mariscal Massena, mas que con un hombre de genio, con Napoleon, el cual no tenia que sostener lucha mas que contra si mismo, y desgraciadamente sostenia muy poca, hubiera debido encontrar toda especie de auxilios para la solucion de una cuestion militar de que dependia

la suerte del mundo. Con efecto, para Napoleon, instruido de lo que pasaba en Londres y en Lisboa, este era el caso de desplegar los vastos recursos de su genio administrativo, á fin de realizar todos los temores de lord Wellington y todos los deseos de su lugarteniente Massena. Ya se juzgará de lo que hizo por la relacion contenida en el libro que sigue.

Despachado el general Foy de Santarem para esforzar en Paris las instancias de su general en jefe y responder de viva voz á todas las preguntas del emperador, ejecutó la travesia mas peligrosa al par que la mas feliz que se pudiera imaginar por España. Se le dieron cuatrocientos buenos andarines y buenos tiradores, elegidos de diferentes regimientos; señalándole como camino mas seguro el valle de Zezere, que pasa al Sur de la Estrella, y va por Sobreira-Formosa, Sarceda y Belmonte á Ciudad-Rodrigo. Desde los puestos de donde debia emprender la marcha, dirigió el general Loisson un gran reconocimiento sobre Abrantes, para asustar á la guarnición é impedirle que detuviera el destacamento del general Foy á la primera jornada. Espantada la guarnición de Abrantes creyó que fuese la vanguardia del ejército frances aquella escasa tropa viagera, y cerrándose dentro de sus muros, dejóla el paso libre. Apresuróse el general Foy á proseguir su marcha por entre un cuerpo de españoles, situado en Villa-Vella á orillas del Tajo y los corredores de Trent y de Silveira que andaban por los alrededores. No tropezó mas que con una banda de doscientos hombres del levantamiento en masa portugués, llamada la Ordenanza, rompió por medio de ella, sin mas



pérdida que la de algunos heridos ó rezagados, y al cabo de seis ó siete dias de azares y de peligros de todas clases, llegó sano y salvo á Ciudad-Rodrigo.

Allí encontró al general Gardanne, á quien el mariscal Massena habia dejado á la espalda para que limpiara los caminos, reuniera los hombres salidos de los hospitales, protegiera la llegada de los convoyes, y que asaltado de todos lados por las guerrillas, no habia podido cumplir mas que la menor parte de su encargo. Casi habia consumido este general tantos víveres como se hallaban almacenados en las plazas fronterizas de Almeida y de Ciudad-Rodrigo, y apenas habia juntado dos mil hombres de los seis mil que se esperaba sacar de los hospitales. Foy trasmitió á Gardanne la órden de partir inmediatamente por el camino que él habia traído, dejóle por guia á uno de los oficiales que acaba de hacer esta marcha, y le prescribió ademas que con la correspondiente escolta fueran hombres prontos á recoger todas las municiones que pudiera llevar consigo.

De seguida el general Foy atravesó Castilla la Vieja desolada por los guerrilleros, cuya audacia se aumentaba de dia en dia; halló á los españoles llenos de confianza y los franceses de desaliento al ver cómo se prolongaba la guerra, á pesar de los numerosos refuerzos enviados este año, y al ver la expedicion á Andalucía reducirse á la toma de Sevilla, y la expedicion á Portugal á una marcha hasta el Tajo. Tambien encontró al general Drouet, que aun no habia podido juntar mas que una de sus divisiones en Burgos y esperaba la segunda; y por último al general Dorsenne sumamente atarea-

do en proteger el camino de Burgos á Valladolid con quince á diez y ocho mil hombres de la guardia. A todos comunicó noticias del ejército de Portugal, del cual no se sabia nada mas que lo que decian los españoles con su jactancia de costumbre; estrechó al general Drouet á encaminarse á Coimbra y Thomar; y dirigióse á Paris, gastando cerca de veinte dias en trasladarse de las orillas del Tajo á las del Sena. Allí arribó hacia los últimos del mes de noviembre, y fué presentado al emperador sin demora.